

la desconocida a quien sedujo el poeta; Juno es Juana de Guardo y Lucina (epíteto de Juno) es Lucinda (Micaela de Luján). Esta *liaison* amorosa no ocurrió en Valencia, sino seguramente en Toledo.—M. A. V.

M. ALMAGRO, "Calamocha y el Poyo del Campo (Teruel) en relación con el Cid Campeador", pp. 613-630.—La existencia del puente romano de Calamocha (del cual se ofrecen fotos) permite suponer la de un ramal de la vía romana de Zaragoza a Valencia. Se comprenden, así, las razones estratégicas que tuvo el Cid para acampar en el Poyo del Campo, desde donde dominaba el puente.—P. O. DE L.

E. BENITO RUANO, "Huéspedes del Imperio de Oriente en la corte de Alfonso X el Sabio", pp. 631-645.—Sobre los viajes de Balduino II (emperador latino de Constantinopla), de la emperatriz María y del príncipe Felipe (1263/66), y sobre los proyectos de casar a este último con Berenguela, hija de Alfonso X.—E. S. S. P.

M. DEFOURNEAUX, "Louis VII et les souverains espagnols. L'énigme du pseudo-Alphonse", pp. 647-661.—Sobre el matrimonio del soberano Capeto con la hija de Alfonso VII de Castilla, sus proyectos de "cruzada" en España y sus relaciones (no siempre fáciles de precisar) con Ramón Berenguer de Barcelona, Alfonso II de Aragón y el impostor que se hacía pasar por Alfonso el Batallador.—P. O. DE L.

EUGENIO COSERIU, *La geografía lingüística*. Universidad de la República, Montevideo, 1956; 47 pp. (*Publicaciones del Departamento de Lingüística*, 11).

Dentro de los estrechos límites de este folleto, nos ofrece su autor una explicación magistral de esa relativamente joven disciplina lingüística. En las 40 páginas de texto se hace un resumen apretado, abundante en ideas y enseñanzas, de los orígenes, procedimientos, finalidades, resultados y dificultades de la geografía lingüística. Coseriu enumera las distintas clases de mapas lingüísticos usados actualmente, las etapas y propósitos de la investigación, las condiciones geográficas dentro de las cuales se desarrollan los hechos idiomáticos, las ventajas que ofrecen los atlas lingüísticos sobre los léxicos dialectales particulares, y los descubrimientos metodológicos y de detalle realizados gracias a esta ciencia. Y aún reserva espacio para hacer una historia, breve pero sustanciosa, de la geografía lingüística, a partir de los precursores de Gilliéron (Leibniz, J. Schmidt, Schuchardt, Ascoli, Weigand, etc.) hasta llegar a la escuela neolingüística de Bartoli, nacida al calor de los métodos geográficos, y para hacer una jugosa exposición de los criterios y procedimientos seguidos en los principales atlas lingüísticos: el monumental de Francia, obra maestra de Gilliéron, el de Italia y Suiza debido a Jaberg y Jud, el sardo de Bottiglioni, el rumano de Pușcariu, el catalán de Grieria y otros menos importantes. No es necesario decir que en esta densa monografía encontrarán los estudiantes, y aun los especialistas, orientaciones seguras para mejor comprender los fundamentos de la geografía del lenguaje, y para conocer el estado actual de esta ciencia, cuyos hallazgos interesan por igual a la dialectología, a la filología diacrónica y a la lingüística general.—J. M. LOPE BLANCH.

EUGENIO COSERIU, *Logicismo y antilogicismo en la Gramática*. Montevideo, 1957; 22 pp. (*Publicaciones del Departamento de Lingüística*, 12).

Es en verdad sorprendente la documentación que el autor utiliza en este breve ensayo, a lo largo del cual hace —con su peculiar penetración— un examen de los principales errores en que incurre la Gramática lógica, sin dejar de

señalar también los inconvenientes de la postura diametralmente opuesta. El primer error logicista consiste en considerar el lenguaje como producto del pensamiento lógico, cuando en realidad el lenguaje es anterior (no en sentido cronológico, sino permanente) al discurso lógico, pues éste se basa necesariamente en aquél. Esta circunstancia invalida al mismo tiempo la opinión de los antilogicistas, para quienes el lenguaje es "contrario a la lógica". También yerra la gramática general al situar la logicidad (= semanticidad) en el *sistema*, en la lengua abstracta, otorgando a cada *forma* un significado determinado y exclusivo. Pero la lengua no es una realidad autónoma, sino que se estructura sobre el habla, y "la *norma* no es un sistema fijo e inmutable", por lo cual la lengua no puede ser, en sí, ni lógica ni ilógica. Mas no por ello puede justificarse la opinión extrema de los antilogicistas, según la cual sería imposible distinguir y definir las diversas categorías por el simple hecho de que éstas no coinciden necesariamente con las distintas clases de formas. No es admisible, por otra parte, la pretensión logicista de encontrar las mismas categorías (el mismo pensamiento lógico) en todas las lenguas, cosa imposible, pero que tampoco permite considerar irrealizable el estudio general de las categorías, ya que dar "una definición conceptualmente «universal» no implica afirmar la generalidad histórica de lo definido". Un error más de la gramática lógica radica en la confusión entre lo semántico (lo lógico) y lo ontológico, entre significado y cosa significada, error en el cual, según cree Coseriu, incurren también los antilogicistas; pero los razonamientos con que trata de probarlo no son tan claros ni tan convincentes como todos los demás que esgrime en su estudio.—J. M. LOPE BLANCH.

FÉLIX MONGE, *Las frases pronominales de sentido impersonal en español*. C. S. I. C., Zaragoza, 1954: 111 pp. (Separata del *AFA*).

Detallado estudio del lento proceso de gramaticalización experimentado por el pronombre *se*, desde su uso latino como reflexivo (aplicado a personas o a cosas) hasta llegar a su empleo impersonal, unas veces pasivo (*se mataban los cristianos*) y otras activo en construcción transitiva (*se mataba a los cristianos*) o intransitiva (*se vive*). [Tal vez no sea inconveniente observar que en el español de México se mantiene plenamente la construcción pasiva, predominante en la lengua clásica (*se venden botellas*), como sucede asimismo en gran parte de Hispanoamérica, aunque no en todos los países (para Chile, cf. R. LENZ, *La oración...*, § 162). Muy rara vez usaría un mexicano la construcción activa transitiva (*se vende botellas*), pero lo interesante es que la intuición lingüística de los mexicanos otorgaría —en un análisis gramatical— *valor* activo a esa *forma* pasiva]. El autor ha reunido un espléndido material de trabajo, relativo al latín clásico (¿por qué no también al medieval?) y al español medieval y renacentista. Ejemplos de la lengua moderna sólo se han utilizado cuando reflejan construcciones desconocidas aún en la lengua del Siglo de Oro, como es el caso de la pasiva refleja con agente expreso (*Se anuncia por la Casa Blanca que...*).

El estudio está hecho con rigor y esmero. Monge contradice muchas de las explicaciones dadas anteriormente (por Kárde, Reichenkron, Keniston, etc.), para sobre ellas ofrecernos sus persuasivas hipótesis acerca de los procesos evolutivos de los sintagmas impersonales con *se*. Promete, además, un estudio completo de todas las construcciones españolas en que entra ese pronombre, cosa que esperamos cumpla en breve para que pueda aquilatarse plenamente el ya indiscutible valor de este trabajo. La bibliografía es muy completa; acaso hubiera sido conveniente aumentar la relativa a las demás lenguas romances, por más